

¿SE NECESITAN «GURUS»?

Cinco sacerdotes han protestado pacíficamente contra el Ayuntamiento de Roma, que había prometido para Navidad techo a las seis mil familias que se encuentran sin casa en la ciudad.

Para ello han decidido hacer un ayuno público el día de Navidad, de modo que todo el mundo conozca su actitud contestataria no-violenta contra el municipio romano. «El pecado cometido —han declarado— por el municipio no es nada más que un episodio entre otros que revela la falta de respeto continuo a las personas».

El Papa Pablo VI, en su discurso a los Cardenales, subrayó también que la jerarquía católica no debe solamente buscar la justicia social, sino todos los aspectos de la justicia. «No sería, en efecto, ni justo ni suficiente —dijo el Pontífice— limitar a este aspecto la exigencia de justicia que dirige y condiciona la vida en común pacífica en los Estados y entre los Estados. ¿Cómo pasar en silencio —desde esta cátedra de moralidad y de paz que es la Sede de Pedro— los atentados a los derechos y a la dignidad de la persona humana que continúan perpetrándose en un cierto número de países que, sin embargo, proclaman solemnemente el reconocimiento y el respeto de estos derechos y de esta dignidad en sus Constituciones y en las Declaraciones o Tratados suscritos en calidad de miembros de la comunidad internacional?».

El arzobispo de Saigón, Monseñor Nguyen Van Binh, ha dirigido a los católicos vietnamitas un duro mensaje de Navidad deplorando que «las circunstancias exteriores ahogan, en este momento, todas las esperanzas de paz». Sin duda se refiere a esas maniobras internacionales, guiadas por el egoísmo material de las naciones mercantilistas, que están destruyendo el país en nombre de una engañosa libertad y liberación. «La estructura de la sociedad —ha dicho el arzobispo vietnamita— es deplorable. La guerra y las desgracias continúan. La inestabilidad económica, los salarios de hambre y la escalada de los precios hacen reinar la inquietud en las familias. La sociedad está turbada y la justicia no ha sido realizada correctamente; la razón ya no es respetada, y todo esto contribuye a paralizar los espíritus». La Juventud Obrera Católica ha sufrido allí la persecución en tres de sus dirigentes seculares, y en varios sacerdotes consiliarios de esta valiente asociación juvenil, por hablar en forma parecida a su arzobispo, y todavía están en prisión los tres dirigentes seculares, y además durante bastantes días estuvieron detenidos los consiliarios que, por fin, han sido puestos en libertad.

El arzobispo de Adelaida (Australia), miembro de la Comisión Pontificia Justicia y Paz, ha declarado que la discriminación racial continúa en África del Sur, aun en los más mínimos detalles. Para los países de influencia anglosajona el rugby es algo decisivo en la vida civil, por eso el arzobispo critica que los equipos de rugby que ha visto jugar con los australianos en África del Sur, en su reciente viaje, estaban compuestos exclusivamente de jugadores blancos. A nosotros esto nos parece un detalle ingenuo, pero para ellos es importante. Por eso declaró el arzobispo, a su regreso a Australia, ante la prensa, lo siguiente: «¿Cómo podemos dar nuestro asentimiento a los llamamientos del Papa Pablo VI en favor de la justicia social y de los oprimidos del mundo si continuamos participando en juegos cuya primera regla es la supremacía blanca? El mundo interpretará ciertamente el comportamiento de Australia como una aquiescencia al "apartheid"».

A través de posturas quizá ingenuas, y otras veces desgarradas, vemos aparecer las palabras inquietas de Pablo VI —antes transcritas—, que a todos deben afectar, porque todos —individuos y sociedades— somos imperfectos a la hora de la plena realización de la justicia. Por eso se realiza aún más la figura de nuestro Cardenal-arzobispo de Madrid, en este concierto de voces jerárquicas y no jerárquicas que existe en el mundo católico. Durante el Sínodo mundial, que se reunió en Roma, los obispos de todos los países sembraron este mismo desconcierto de voces. El Cardenal Hoeffner, en nombre del episcopado alemán —un país sin los problemas acusados de justicia que tienen otros, y por eso quizá evadido de lo que afecta a los demás—, dijo algo bien descorazonante: «En el Nuevo Testamento justicia significa la vida

justa del hombre ante Dios, o la justificación del hombre por Cristo. La liberación del hombre de la esclavitud de los otros hombres no es en lo que consiste la libertad evangélica, sino solamente consiste en la liberación del hombre de sus propios pecados por medio de Jesucristo, y dudo que se pueda decir que la liberación y el desarrollo de los pueblos son parte integrante de la redención que nos ofrece Cristo».

En sentido totalmente contrario, el Cardenal Tarancón afirmó entonces que la salvación descrita por la Sagrada Escritura no es una salvación que esté fuera de la Historia, y a la cual se debería después añadir la justicia como una cosa que viene antes o después. «Entre las formas actuales de pecado hay que colocar ciertos hechos sociales como el colonialismo, la dominación cultural o económica y la opresión... No se resuelven los problemas planteados por la acción liberadora de la Iglesia en el dominio de la sociedad haciendo abstracción de la realidad del mundo e introduciendo una falsa separación entre salvación y justicia».

El Sínodo mundial de obispos mantuvo, como es costumbre demasiado frecuente entre los responsables de la Iglesia, una postura moderada y a veces ambigua en este problema, si bien —como afirma el jesuita Padre Sorge en la revista oficiosa del Vaticano *La Civiltà Cattolica*— el documento sobre la justicia que el Sínodo presentó el Papa se inclina más bien por la postura del Cardenal Tarancón que por la del cardenal Hoeffner.

Los hombres se encuentran, sin embargo, sufriendo en un mundo que llamamos de civilización cristiana, y en el cual apenas se atreven a expresar su inquietud y su dolor humanos. Por eso Monseñor Riobé, obispo de Orleans, ha recogido este clamor sordo de la multitud diciendo: «En el momento en que tantos hombres buscan una tierra más humana, los jóvenes y adultos vacilan ante la nueva transformación de la vida, con su inseguridad en el empleo, con la asfixia del pequeño comercio, con los trágicos imperativos de los problemas de inversión monetaria, con el peso del crédito aplastando al que quiere sobrevivir, y parece todo ello condenar al hombre a que tenga que romper todas las solidaridades humanas con el fin de poderse salvar él en solitario, cueste lo que cueste».

Muchas veces pienso que los cristianos estamos demasiado pasivos ante todos estos problemas, y nunca arrancamos de verdad para intentar una solución plenamente humana; lo más que hacemos es discordar entre nosotros con voces que al oyente espectador de nuestras querellas le parecen llenas de ambigüedad. Y creo que tendríamos que entrar dentro de nosotros mismos y darnos cuenta que las bonitas palabras más o menos expresivas que decimos sobre la justicia resultan todavía demasiado ineficaces y dubitativas para el que sufre —consciente o inconscientemente— de estos males tan poco humanos.

Los hombres que son víctimas de la injusticia, clara u oculta, en el mundo no sólo están mudos, sino lo que es peor: enmudecidos, porque llevan su mal ignorando con claridad el daño que sufren, ya que su conciencia se encuentra embotada por el bajo nivel material y psicológico de su propia vida y de su ambiente.

De ahí que los cristianos tendríamos necesidad —lo mismo los situados en la jerarquía eclesiástica que en las últimas filas seculares— de entrar dentro de nosotros mismos, de encontrar eso que tantos jóvenes occidentales añoran: un «guru», un maestro espiritual o un psicoanalista que liberen nuestra psicología humana adormecida por los mecanismos sociales o psíquicos que nos envuelven, y empezar una nueva conducta individual, familiar, profesional y social que sea diferente de las complacencias en que todos vivimos en el mundo actual.

El mensaje —ingenuo mensaje— que nos dieron los hippies, y el deseo que tenían de encontrar ese «guru» profano que nunca encontraron, es justamente éste: el llamamiento al necesario lavado de cerebro y de conducta que necesitamos los creyentes para empezar a proceder individual y socialmente de otra forma que no se contente sólo con palabras, sino con hechos significativos y claros a todos los niveles posibles.

MIRET MAGDALENA